



Blanqueando a Mossèn Alcover

**AL MARGEN****JOAN FONT
ROSELLÓ**

IRONÍAS DEL destino, los últimos fastos del Any Alcover han coincidido con el centenario de la promulgación de las Normas Ortográficas de la lengua catalana (1913), el primer paso hacia su normalización y estandarización ulteriores. Recordemos que Mossèn Alcover pasó a la historia como el primer presidente de la Sección Filológica del Institut d'Estudis Catalans, creada en 1911. La Sección, que con el tiempo ha sido considerada como la primera academia de la lengua catalana, fue creada, entre otras razones, para fijar la ortografía y luego su gramática. El papel que jugó Alcover en la normativización del catalán y sus desavenencias con Pompeu Fabra por el rumbo que tomaban los acontecimientos, aunque son episodios muy conocidos por los estudiosos, han sido escamoteados al gran público y el Any Alcover, sin ir más lejos, ha sido el último testimonio de este interesado olvido. El nacionalismo ha conseguido blanquear el verdadero legado del vicario general de Manacor, un proceso de manipulación que empezó desde el día siguiente a su fallecimiento en 1932. Los nacionalistas prefieren centrarse en las luces de Alcover para su causa escamoteando al mismo tiempo unas sombras que podrían cuestionarla. Porque el estudio sin anteojeras de Alcover y del conflicto que suscitó en el seno de la Sección Filológica del que era presidente y que terminó con su expulsión en 1918 pondría de relieve varias cosas que a día de hoy no interesan para nada al nacionalismo. ¿Cuáles serían estas inconveniencias tan inoportunas que hacen que el nacionalismo oficial trate de salvar el lado bueno de Alcover y enterrar en el olvido su lado malo, en una alegoría de Mr. Jekyll y Mr. Hyde?

La principal inconveniencia sería poner en almoneda la supuesta superioridad mo-

ral –y científica!– del nacionalismo en su inveterada costumbre de tratar como ignorantes e incultos a los que se atreven a cuestionar sus dictados. A su juicio, la ciencia, nada menos, les daría la razón a ellos y se la quitaría a sus adversarios españoles y balearistas, estigmatizados como incultos e ignorantes, unos insultos a fin de cuentas lógicos teniendo en cuenta la preponderancia del sector docente entre el catalanismo. Los profesores tienen la mala costumbre de tratar a los demás como si fueran sus alumnos. Sin embargo, por mucho que traten de apelar a la ciencia para zanjar un debate que algunos querían ver «superado», la normativización, la planificación y la estandarización de una lengua poco tienen que ver con la ciencia y mucho, en cambio, con la política. Sería fácil recurrir a numerosos ejemplos del siglo XX que ponen de manifiesto que la fijación de una lengua, en todos sus extremos, responde casi siempre a motivos políticos, desde la elección de su al-

«El nacionalismo ha conseguido blanquear el verdadero legado de Mossèn Alcover»

fabeto –quién puede poner en duda los motivos de corte nacionalista que subyacen en el serbocroata para que los serbios utilicen el alfabeto cirílico y los croatas el latino–, pasando por la elección de su ortografía, hasta la fijación de una gramática. En todo este proceso, también en el caso del catalán, existe un claro trasfondo político que el nacionalismo triunfante ha querido obviar, haciendo creer a muchos que el proceso desarrollado desde 1913 –con la fijación de las Normas– hasta ahora ha sido lineal, inexorable y que no pudo desarrollarse de otro modo. Esto no fue así y Mossèn Alcover es la personificación genuina de ello. Por ello, una aproximación real al personaje resulta tan incómoda para el *statu quo*. Plantearse

lo que pudo suceder en un determinado momento y no sucedió, cambiando así el destino de la historia, o jugar a los futuros, nos puede parecer una pérdida de tiempo, ahora bien reconozcamos al menos que sirve para rechazar el determinismo histórico y estas leyes de la historia de supuesto carácter «científico» a las que tan aficionadas se han mostrado todos los totalitarismos. Nada está escrito en el curso de la libertad humana y pensar que lo ocurrido es lo científico porque no pudo ocurrir de otro modo es una superchería intelectual.

Si Mossèn Alcover y sus puntos de vista filológicos se hubieran impuesto a los del círculo modernista de L'Avenç que encabezaba Fabra otro gallo hubiera cantado. No tanto en la fijación de las Normas, que Alcover aceptó, aunque a regañadientes, pensando que era un asunto de importancia menor, como en la fijación de la gramática (morfología, sintaxis y diccionario normativo) de la nueva lengua literaria (o estándar que diríamos ahora). La disputa no fue únicamente filológica sino principalmente política y cultural. El catalanismo se dividió entre regionalistas –tradicionalistas, vinculados a la Iglesia Católica y a la Renaixença– y nacionalistas que fueron los que finalmente se llevaron el gato al agua. Si comparamos a Alcover y Fabra observamos que representaban no sólo concepciones distintas de entender la lengua catalana sino de concepciones del mundo antagónicas. Estas concepciones tan disímiles se reflejaban también en la idea de cómo debía estandarizarse la lengua (uniformista y centralista Fabra, anárquico y dialectalista Alcover) sino incluso en el papel que debía jugar el catalán en la sociedad. *Mutatis mutandi* lo que se estaba ventilando entonces era si el catalán debía fijarse el objetivo de sustituir al castellano en muchas funciones sociales donde el catalán había sido relegado desde siglos atrás, si su uso debía extenderse más allá de los cenáculos poéticos de la Renaixença, en definitiva, sobre el alcance de lo que con el tiempo se daría en llamar la normalización del catalán.